

Globethics Repository



Los dioses de violencia [The gods of violence]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Pikaza, Xabier
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-09-23 06:10:14
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221791

Los dioses de violencia: Guerra y paz en las grandes religiones

Xabier Pikaza*

La violencia no es un tema entre otros, sino el tema y riesgo de la vida humana: de la dura selección natural hemos nacido y conservamos de ella el impulso que nos lleva a sobrevivir a costa de especies o grupos menos capaces, de manera que los hoy vivientes somos, en general, supervivientes de vencedores. Así hemos llegado a una gran encrucijada: o aprendemos a crear vínculos de paz universal o morimos todos, en manos de una guerra total o del sistema post-humano que impone su lógica opresora sobre todos.

En este contexto podemos recordar los momentos de la historia, utilizando como ayuda el símil de las tres edades (A. Comte), olas (A. Toffler) o navegaciones (P. Sloterdijk) de lo humano. Ciertamente, ellas no son sucesivas en sentido estricto, pues cada una incluye y mantiene de algún modo a la anterior; pero la ficción del proceso y progreso (que puede volverse regresivo) nos ayuda a interpretar el destino de la vida humana. Desde ese fondo evocaremos con cierta detención la respuesta de las grandes religiones (hinduismo, taoísmo, budismo, islam) sobre el tema. Hemos entrado en la tercera edad, no aparecen nuevas religiones. ¿Podrán iluminarnos las antiguas?

* Profesor de Teología. Universidad Pontificia de Salamanca.

1. PRIMERA EDAD: LA VIOLENCIA EN LA ERA DE LA MADRE

Al principio colocamos *la edad del mito*, la primera gran ola de lo humano, la navegación de grupos que fueron poblando el ancho planeta, a lo largo de ese período informe y formador que llamamos pre-historia. Para iluminarlo y entenderlo ha escrito la Biblia un mito inquietante y poderoso, en el que nos hallamos todavía inmersos, el relato de la Torre de Babel (Gen 11, 1-9). Parece que el hombre nació con un gran deseo de unidad y conquista: quiso construir la torre y ciudad del gran poder, como si fuera divino. Pero el Dios de la Biblia rechazó ese intento y confundió a los constructores, haciéndoles vagar en grupos de miedo y violencia sobre el duro torso de este mundo. Dos son los poderes que definen esa larga navegación de pueblos, en la era de la dispersión: violencia y maternidad.

- *Violencia*. Aquellos nómadas humanos no estaban programados para responder al reto del entorno, conforme a los principios de azar-necesidad (la pura evolución biológica); debieron encontrar

otros métodos de ajuste y dominio, entre sí y sobre la tierra. Muchos pensadores modernos, de Hegel a Girard, pasando por Marx y Freud, suponen que ese ajuste del hombre con el mundo y con su propia huma-

Muchos pensadores suponen que el ajuste del hombre con el mundo y con su propia humanidad se hizo en formas de violencia, de dominio y guerra

nidad se hizo en formas de violencia, de dominio y guerra, conforme a los principios de la lucha amo-esclavo, vencedor-vencido¹.

- *Maternidad*. Pero al lado de la violencia, como elemento polar igualmente primigenio (o incluso más antiguo), se halla el *poder engendrador de vida*, vinculado de un modo especial con la madre. La tarea principal de aquellos primeros nómadas del mundo era sobrevivir y propagarse en medio de un contexto adverso. Esa tarea les mantuvo vivos, capaces de habitar en casi todos los lugares del planeta. Crecieron y se multiplicaron tomando como gran diosa a la madre (madre con el niño) y a su servicio pusieron todas las restantes tareas y afanes.

Así se fueron alternando y fecundando los dos signos sagrados, guerra y madre (*thanatos* y *eros*), expresados en los ritos y los

¹ Cf. R. Girard, *La violencia y lo sagrado*, Anagrama, Barcelona 1983; *El misterio de nuestro mundo*, Sígueme, Salamanca 1982; *El chivo expiatorio*, Anagrama, Barcelona 1986.

mitos. Ellos siguen definiendo nuestra propia vida. Ciertamente, hay otros rasgos misteriosos y sagrados, vinculados con el sexo-amor y la veneración del cosmos, pero en el centro se encuentra la *violencia* (relacionada con la caza y muerte, la guerra y sacrificios) y la *fecundidad* (vinculada con el nacimiento y los ritmos de la vida). En un nivel muy hondo, seguimos moviéndonos dentro de esta primera edad: si no ponemos la violencia al servicio de la vida, como hicieron los primeros hombres y mujeres, corremos el riesgo de destruirnos para siempre, negando con nuestra pretendida ciencia, lo que supieron e hicieron con su fuerte ignorancia aquellos que han sido y siguen siendo nuestros padres.

2. SEGUNDA EDAD: VIOLENCIA SAGRADA, IMPERIOS RACIONALES

La dispersión de grupos terminó en gran parte de la tierra cuando algunos de ellos se multiplicaron o aprendieron a juntarse en guerra o paz, formando unidades de miles y millones de personas. Surgieron ciudades e imperios, federaciones o estados, vinculados no sólo por la fuerza de las armas, sino por el lenguaje y el comercio, la administración racional y el pensamiento. Por todas partes se construyeron ciudades y torres de Babel. Así nacieron las primeras *religiones estatales*, vinculando el orden natural (cielo-tierra; estaciones del año y ciclos agrícolas) con el orden social, dirigido en general por un Rey Varón, Guerrero de violencia. Esta vinculación se hizo en gran parte de modo asimétrico: el varón se impuso sobre la mujer, el señor sobre los vasallos, la cultura de la guerra sobre la naturaleza.

Estas torres de Babel de las culturas, que sobreviven hasta el momento actual, han sido espacios privilegiados de creatividad social y dominio técnico, rigor intelectual y organización política. En general, ellas han tendido a expresarse en religiones que sacralizan y avalan el orden social establecido, al servicio de una paz que se consigue a través de la violencia social racionalizada por imperios o estados. Los dioses de esa etapa resultan admirables, ya se expandan como familias de sacralidad politeísta o se vinculen y penetren, hasta construir diversos tipos de monoteísmos que ofrecen, de algún modo, una visión adelantada de la unión sacral de la realidad; ellos suscitan veneración y parecen ayudar a los humanos; pero, en general, se hallan unidos a los poderes de violencia racional y social triunfante en los imperios, como señores de la guerra.

Son dioses paradójicos. Por un lado *avalan la cultura de la paz*, pues representan y sacralizan el orden de la ciudad, el poder del rey, la convivencia mutua. Por otro *sancionan su propio orden por guerra*: han vencido a los poderes del caos y exigen sacrificios para mantenerse, pues sólo con la muerte y sacrificio de los sometidos se puede sostener la estructura sagrada del conjunto². Han sido y siguen siendo, básicamente, los dioses de nuestra cultura múltiple, con las varias torres de Babel que se han estado enfrentando sobre el mundo en los últimos cuatro o cinco milenios. Nosotros, que entramos ya en la nueva etapa de la vinculación universal (la única gran Torre) seguimos siendo herejeros de esa cultura múltiple de

Las grandes religiones sabían que estamos vinculados todos los humanos, corriendo el riesgo de la destrucción si no superamos la violencia de la guerra

dioses del poder, que se imponen por fuerza y se enfrentan con violencia unos con otros, llamando paz a su propia guerra.

Así llegamos a la globalización, entendida como nueva Torre de Babel, ciudad mundial en la que todos los hombres y mujeres nos hallamos vinculados.

En la primera edad fue posible un tipo de salvación por huida, por la dispersión de las innumerables tribus y lenguas de la tierra. Hoy no es posible esa salida: o aprendemos a comunicarnos en libertad universal o destruimos nuestra humanidad, en los fosos de la torre inacabada. Esa alternativa la habían anticipado, al menos de modo implícito, las grandes religiones (taoísmo, budismo, cristianismo...) nacidas en el centro de la segunda edad o *tiempo eje*, en torno a los siglos VII-V aC³. Ellas sabían cosas que la ciencia y pensamiento normal de los pueblos ignoraba: que estamos vinculados todos los humanos, pero que corremos el riesgo de destruirnos, si no superamos la violencia de la guerra. En el centro de la gran era de los imperios, las grandes religiones y filosofías habían anticipado la problemática y respuestas de la nueva edad que empieza precisamente ahora.

2 Me he venido ocupando del tema en *Hombre y mujer en las religiones*, Verbo Divino, Estella 1996; *El Señor de los ejércitos. Historia y teología de la guerra*, PPC, Madrid 1997; *El Fenómeno Religioso*, Trotta, Madrid 2000; *Sistema, Libertad, Iglesia. Las instituciones del Nuevo Testamento*, Trotta, Madrid 2001.

3 Cf. K. Jaspers, *Origen y meta de la historia*, Alianza, Madrid 1980.

3. LA TERCERA EDAD: GLOBALIZACIÓN Y RELIGIÓN

La *tarea pendiente* de la humanidad para esta nueva era (que algunos vinculan al Tercer Milenio) es que pueblos e individuos convivan en dignidad y respeto sobre el Globo Tierra. Así lo habían prometido en la época anterior *las religiones monoteístas*, que proclamaron la llegada de un Reino de Dios para todos los humanos, y las *místicas de oriente* (taoísmo, budismo y cierto hinduismo), que buscaron la armonía universal. Así lo anunció la revolución ilustrada de occidente (siglo XVIII-XIX), ofreciendo libertad, igualdad y fraternidad a los ciudadanos de la tierra. Pero la tarea sigue: las religiones no han logrado crear la paz que habían prometido; la revolución ha llevado a nuevas formas de opresión y de exclusión humana⁴.

La globalización había sido antaño una teoría filosófica o religiosa de élites, pero ahora se ha vuelto tarea universal, que se extiende, de forma imparable, a todos los rincones del planeta, de manera que nos vemos y sentimos ya como pequeño mundo, aldea unitaria: somos una especie, el globo tierra es nuestra casa, la humanidad nuestra familia y saltan por el aire las murallas entre culturas, religiones y razas imperiales precedentes. Éste es un *motivo de alegría*: somos dueños del futuro de la tierra y debemos construirlo, al servicio de todos los humanos. Pero es también *principio de dolores*: el fuerte torbellino de unidad puede ponerse al servicio de un sistema de opresión y asesinato mundial, dirigido por fascismos o capitalismo asesinos, de tal forma que muchos mueran arrollados por su marcha de violencia.

En este contexto hemos querido escuchar el mensaje de las religiones, no para resolver de una manera fácil los problemas (no hay respuesta fácil), sino para plantearlos con radicalidad, buscando un futuro de paz entre los hombres. Ciertamente, el Dios de los monoteísmos históricos (judío, cristiano, musulmán) y el principio sacral de las religiones orientales (hinduismo, budismo, taoísmo) puede volverse fanático, promotor de una globalización excluyente y sectaria que sólo permite vivir a sus 'fieles', eliminando a los restantes; pero también puede ofrecer estímulos de paz y esperanza sobre el mundo. La globalización no es un hecho nuevo. A través de mecanismos de fuerte evolución, ha surgido y luego se ha expandido en

4 He desarrollado el tema que sigue en *Monoteísmo y globalización*, Verbo Divino, Estella 2002.

todo el mundo (desde hace unos cien mil años) el *sapiens* global que nosotros somos, vivientes capaces de una guerra total, pero también de una paz perpetua. Esta globalización se expresa de forma *lingüística*, pues todos los idiomas expresan y permiten una misma comunicación simbólica y afectiva a los humanos, y puede expandirse en perspectivas religiosas, racionales y científicas (para seguir aludiendo a las tres olas o edades):

1. *Hay una globalización religiosa*, pues todos los pueblos pueden compartir una misma experiencia y comunicación sacral. Ella parece haber culminado, por lo menos hasta el momento actual, de maneras distintas pero convergentes, en las sabidurías y religiones del tiempo eje, en torno al 600-400 aC.
2. *Hay una globalización racional o filosófica*, que se expresa en las mismas grandes culturas de las religiones (China, India, Israel...), pero que recibe un impulso decisivo en Grecia, para extenderse luego en occidente, desembocando en el racionalismo e ilustración de Europa, con Descartes y Locke, Kant y Hegel (siglos XVII al XIX EC). Ella descubrió y proclamó la unidad mundial del pensamiento, es decir, del logos o razón argumentadora. Hombres y pueblos siguen externamente separados, pero forman parte del único proceso y despliegue de la razón, que descubre y asume la tarea de unificar a todos los humanos.
3. *Hay una globalización 'sistémica'*, que ha culminado a través de la modernidad occidental. Los grandes imperios (de China a Roma) habían querido unificar el mundo bajo un orden político, pero no lo consiguieron. Eso lo ha logrado, en cambio, la ciencia-capital, que, como Marx había anunciado, ha introducido a todos los hombres y mujeres de la tierra bajo un mismo sistema capitalista, que hoy llamamos neo-liberal. Así ha triunfado en el siglo XX esta razón económico-social unificada.

Estos momentos mantienen cierta independencia y pueden colaborar para fundar la paz mundial de los humanos; pero ellos pueden chocar también entre sí, como muchos advierten y temen, oponiendo una *globalización religiosa* de tipo monoteísta (o de las religiones orientales) y otra *sistémica* de tipo racional e instrumental. Algunos piensan que las religiones en sí han muerto y sólo queda ya el sistema. Otro advierten que el tercer milenio estará determinado por la lucha entre el sistema y algunas culturas religiosas que se oponen a su triunfo, como sería el *monoteísmo islámico* fanatizado. Pero el

tema resulta mucho más complejo⁵. Por eso queremos evocar, en este contexto, de manera más precisa el mensaje e impacto de las religiones.

Los responsables del sistema, criados y ministros de capital-mercado, celebran a la diosa-globalización. Pero muchos creyentes y amigos del hombre, vinculados al Dios de la vida, la experiencia interior y los pobres, protestan y quieren superarla, buscando una *comunidad* abierta a todos los humanos: las religiones deberían invertir los fallos de la globalización, poniéndola al servicio de la comunicación positiva, no por fuerza (pues la fuerza la tiene el capital), sino por amor gratuito y generoso⁶.

Pero esas mismas religiones han corrido el riesgo de volverse sistema opresor, expandiéndose por armas y violencias, tanto el primer Israel (libro de los Jueces)

Las grandes religiones se enfrentan hoy a una tarea decisiva: volverse principio de pacificación universal

y el Islam de Muhammad (conquista de La Meca) como cierto cristianismo, que luchó en cruzadas, combatió en guerras religiosas (siglo XVI-XVII) y justificó la colonización de medio mundo; ellas se enfrentan hoy ante su tarea decisiva: volverse principio de pacificación universal o contribuir con su violencia a la violenta destrucción del gran sistema humano, al fin de nuestro mundo⁷.

5 Cf. F. Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Madrid 1994, y S. Huntington, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona 1997. El primero destaca el triunfo mundial del sistema; el segundo la lucha entre Occidente y el Islam.

6 *El sistema* quiere perfeccionarse a sí mismo y los hombres concretos le resultan secundarios: quiere producir para comerciar en un mercado de necesidades, donde todo se compra y vende, hasta las almas de los hombres (cf. Ap 18, 13). En contra de eso, *las religiones* tienen como meta el bien de las personas como tales. Vienen estudiando el tema los "Cuadernos de Cristianismo y Justicia" (=CJ). Entre ellos, cf. J. Sols, *Teología de la marginación*, CJ 1992; H. Assmann, *Las falacias religiosas del mercado*, CJ 1997; A. Comín, *La igualdad, una meta pendiente*, CJ 1998; J. F. Mària i Serrano, *La Globalización*, CJ 2000; A. Comín (y otros), *Globalización, experiencia de Dios, comercio justo*, CJ 2001; J. A. Zamora, *La cultura como industria de consumo. Su crítica en la Escuela de Francfort*, CJ 2001.

7 Somos herederos de un rico pasado. Parece milagro que hayamos sobrevivido y existamos, más de seis mil millones de personas, sobre un enigmático globo perdido en el enigma de los tiempos y espacios estelares. Somos una especie peculiar, nadie nos ha dicho ni nos dice desde fuera quiénes somos y aquello que hemos de hacer para volvernos humanos, sino que debemos encontrarlo por nosotros mismos, trazando nuestro *código de humanidad*, en puro sistema (haciéndonos esclavos de la globalidad) o en comunión de vida (en diálogo de gratuidad). Habíamos vivido por milenios separados, en tribus o aldeas, habíamos logrado ciertas coherencias parciales de imperios e iglesias, sacralizadas por dioses. Pero las respuestas antiguas no bastan y corremos el riesgo de matarnos todos por fanatismo religioso, globalización del hambre y dictadura despiadada del sistema, a no ser que encontremos formas de comunión más alta, con la ayuda de religiones y experiencias de comunión universal. Las religiones de que hablamos son antiguas, pertenecen a la 'segunda edad' de la historia y, en parte, se han utilizado (y se utilizan) al servicio de políticas de opresión y defensa nacional; pero contienen promesas de universalidad pacificadora y así queremos presentarlas, como adelantadas en el camino de la comunión humana, empezando por Oriente, para llegar a los monoteísmos de Occidente.

4. HINDUISMO: LA PAZ DEL GUERRERO (BHAGAVAD GITA)

Muchos hindúes habían superado la guerra sagrada de los Vedas y sus dioses soldados (Indra, Várana). Pues bien, superando también la violencia sacrificial de los *brahmanes* y la mística de inmersión intelectual-impersonal en lo divino de las *Upanishadas*, surgió y se fue extendiendo un modo simple y cordial de entender la religión que se ha plasmado en la *Bhagavad Gita* (*Canción del Bienaventurado*), incluida en la *Mahabharata*, en torno al II aC. La Gita acepta el orden de castas, sancionando la estructura sacral de la sociedad, donde hay *brahmanes* (liberados religiosos), *castrillas* (nobles guerreros) y *vaisyas* (comerciantes y agricultores). En el

Dios no invita a luchar por la religión sino a encontrar la paz incluso en medio de la historia interminable de la guerra

escalón más bajo están los *intocables*, fuera de la sociedad sacral (tri-estamental) de los anteriores. Cada grupo o casta ha de cumplir su *dharma* (obligación de estado). En ese contexto se sitúa Arjuna, un ksatriya o guerrero: no es un

inactivo sacral, monje o asceta, ni un comerciante, sino un hombre que ejerce su función luchando dentro del sistema.

También otras religiones tienen *guerreros sagrados*, que sirven a Dios por la lucha, matando a los enemigos de Allah o de Cristo (como afirma el mismo San Bernardo). Pero este *guerrero hindú* no puede sacralizar la guerra, ni tomarla como servicio de Dios, sino que ha de aceptarla como expresión de fatalidad cósmica, en un mundo y sociedad que se halla de hecho dividido en castas y grupos sociales, naciones y estados. Ciertamente, en un plano, la guerra resulta enigmática, dura, antihumana, pues combaten hermanos contra hermanos. En un nivel todo es guerra (competencia, mercado de lucha) sobre el mundo. Pero en otro nada es guerra. Así lo irá descubriendo Arjuna en un proceso de maduración interior que empieza por la angustia:

Flaquean mis miembros, se me seca la boca, siento un escalofrío.
No puedo sostenerme, mi mente desvaría... No anhele victoria, ni reino, ni goces....
¿Cómo podríamos ser felices matando a nuestro pueblo? (cf. Gita 1, 29-39).

La guerra es destrucción de hermanos. Todo lo que vemos en el mundo es batalla dolorosa. Por eso "Arjuna se dejó caer en el fondo del carro, arrojando al suelo el arco con sus flechas, desgarrado el

corazón de dolor" (Gita 1, 47). Fundándose en esa experiencia, un *hinduismo ahimsa*, que aparece en el *jainismo*, *budismo* y otros grupos posteriores (como en Ghandi), rechaza la lucha. Pero Arjuna descubre una verdad más alta, pues el mismo Dios le habla en la batalla: "¿De dónde ha nacido en ti este decaimiento, impropio de un noble (ario)? No vayas a caer en cobardía. Elévate, arrojando lejos la vil debilidad del corazón" (2, 2-3). Dios no le invita a luchar por la religión (guerra sagrada), sino a encontrar la paz incluso en medio de la historia interminable de la guerra:

El iluminado no se entristece por los vivos ni los muertos, pues lo que existe no puede dejar de existir... ¿Quién podría matar a ese espíritu inmortal?

Los cuerpos limitados tienen fin, pero el Señor del cuerpo es eterno, indestructible.

Lucha, por tanto, hijo de Bharata. Se equivocan quienes piensan que el alma mata o muere...

El alma no nace ni muere, ni comienza a existir para desaparecer (cf. Gita 2, 11-20).

Ésta es la palabra clave, el principio que sostiene toda *ley de guerra* sobre un mundo dividido, donde cada uno ha de cumplir su obligación, sabiendo que el destino de un guerrero (hijo de Barata) es mantener el orden de apariencia o puro teatro de la guerra. En medio de ella puede y debe mantenerse quieta el alma, en paz absoluta, en contemplación de lo divino, sobre las violencias engañosas de la historia. En el plano superior de la verdad absoluta (alma inmortal) no hay guerra, pues ella pertenece sólo al *destino de la finitud*. En un plano debemos aceptar la violencia de la guerra, la batalla interhumana, pues eso es lo que somos; pero en otro habitamos ya en la paz de Dios en quien no existe batalla. Así debemos luchar en este mundo, sin ensuciarnos:

(El alma) está oculta, es inmaterial, inmutable... No está sujeta al nacimiento ni a la muerte... ¿Lo divino que reside en cada cuerpo es eterno e indestructible; por eso, tú no debes afligirte por nada (cf. Gita 2, 25-37).

De esta forma culmina el primer razonamiento del Dios: ¿Qué importa paz o guerra, si todo es ilusión sobre la historia? En el mundo sólo existe la apariencia: a ese nivel pertenecen paz y guerra, sufrimiento, gozo y muerte; nada es duradero en ese plano, nada eterno. Por eso, el guerrero ha de luchar como si no luchara, matar como si no matara, morir como si no muriera (cf. 1 Cor 7, 29-31). Frente al *guerrero enamorado* de la muerte, que da gloria a Dios

matando a los enemigos de su religión o de su patria, hallamos aquí al *guerrero impasible*:

Tú debes perseguir la acción, pero sólo a ella, no a sus frutos; que los frutos no sean tu acicate, ni tampoco te apegues a la inacción.

Cuando hayas alcanzado el yoga realizarás tus acciones sin interés, impertérrito ante el fracaso o el éxito, con la indiferencia del yoga (Gita 2, 47-48).

El *yoga de la inteligencia* consiste en vaciar la mente. Este *yoga de la voluntad* implica superar todo deseo, pero asumiendo externamente el mundo como es (con su destino de guerras y enfrentamientos). El guerrero que vive conforme a ese yoga acepta la batalla exterior como expresión de su propio destino, sin poner en ella ninguna pasión: "El que está sujeto a la Sabiduría (unido a lo divino) consigue hacerse indiferente ya aquí a las acciones buenas y malas" (Gita 2, 50-51). Ésta es su fórmula suprema: *luchar como si no se luchara* y, añadimos, *matar como si no se matara*. Ésta es una postura fatalista (afirma que las cosas son como son y no pueden cambiarse) y soberana: el sabio se libera de sus propios deseos y vive desde ahora en calma divina⁸.

¡Oh Partha!, el hombre que se libera de todo deseo, el que ha entrado en su mente (su yo), satisfecho consigo mismo (con su yo), tiene una sabiduría firme. Es el que no se turba en medio de las tristezas, ni en medio del placer siente deseo, el que ha abandonado todo impulso, temor o cólera: ése tiene entendimiento estable. Quien no se inmuta por nada, aunque le parezca un mal o un bien, el que no odia ni se entristece..., el que desvía sus sentidos de todo estímulo, como la tortuga resguarda sus miembros en su caparazón, ése está en posesión de la sabiduría (cf. Gita 2, 55-58)⁹.

Este guerrero encuentra así su *yo profundo* y su más alta paz en medio de la guerra y se identifica a *lo divino*, al mismo Brahma. Así puede resguardarse en su interior (en paz) mientras al exterior arremete la batalla. Ésta es la paradoja: *fuera* es guerra donde morirán (se matarán) amigos y parientes; *dentro* es calma, el alma del guerrero se mantiene inmóvil, serena, impasible. Este *ksatriya* vive a un doble

8 Imaginemos la batalla de *guerreros yogas*, sabios *ksatriyas* que salen al campo a cumplir con su *dharma*. Impasiblemente serenos, dueños de sí, con inmensa dignidad se matan unos a los otros. No desean nada, nada anhelan; por nada se turban ni conmueven, con plena serenidad actúan, alcanzando la unión con lo divino en medio de la guerra.

9 Traducción de la Gita en F. R. Adrados y E. Villar, *Atmá y Brahma. Upanisad del Gran Áraṇyaka y Bhagavadgita*, E. Nacional, Madrid 1977; cf. también J. Barrio, *Bhagavad-Gita o Canto del Bienaventurado*, Aguilar, Buenos Aires 1974; F. G. Ilarraz, *El Señor del Yoga. El Bhagavadgita*, Madrid 1970. Estudio comparativo en G. Parrinder, *Avatar y Encarnación. Un estudio comparativo de las creencias hindúes y cristianas*, Paidós, Barcelona 1993.

nivel: escucha externamente el sonido de la guerra; por dentro nada siente, vive inmóvil, en el claro día de la contemplación de sí mismo en lo divino. Así vive como sabio: obra sin encadenarse, siendo capaz de luchar, matar y morir, si hace falta (si así lo pide el *dharma*) sin dejarse dominar por la pasión de la batalla, pues todo en el fondo es lo mismo. Mantener la paz interna (divina, inmortal) en la lucha de la historia, ésa es la perfección suma del sabio. “Cumple sin encadenarte a la obra que debes hacer, pues si lo haces sin encadenarse alcanzarás al Ser Supremo” (Gita 3, 19). Se puede matar, pero sin odio. Se puede hacer la guerra, pero sin deseos, *imposible el ademán*, serena la mente, liberado el egoísmo. El sabio puede y debe descubrir y cultivar una vida de “cielo” (total liberación) en medio de la lucha de la tierra¹⁰.

El sabio puede y debe descubrir y cultivar la total liberación en medio de la lucha de la tierra

5. BUDISMO Y NO-VIOLENCIA

La *Gita* separaba violencia exterior (guerra económica o militar) y paz interior. En contra de eso, Buda quiere superar toda violencia. Por eso ha criticado el sistema de castas, que divide a los hombres en guerreros y campesinos, ricos y pobres. Para él no existen ksatriyas ni brahmines, sino simplemente hombres y mujeres que sufren, como indica su doctrina de *las cuatro nobles verdades sobre la universalidad del sufrimiento* (todo es dolor), con su *origen* (el dolor nace del deseo) y *fin* (para que acabe el dolor han de acabar los deseos) y sobre *el noble camino de la cesación del deseo*, que impli-

10 Esta visión va en contra del cristianismo (que exige superar toda violencia, interna y externa) y del Islam (que busca la nueva comunidad por medio de un esfuerzo y guerra santa). Buena es la meditación, necesaria la experiencia interior de unión con el Dios infinito. Pero en caso de tener que optar entre un guerrero impassible como éste y un guerrero o comerciante sucio, que mate y se aproveche de los demás, pero con mala conciencia, prefiero a este último, pues al menos podrá cambiar. Tengo miedo de los que, aprovechándose de un mundo de guerra (como era el del tiempo de Arjuna y es el nuestro) justifican en nombre de Dios su violencia o se evaden diciendo que lo que importa es la paz interna, que estaría justificada por una visión intimista de “bienaventurados los pobres de espíritu”. De todas formas, una visión de este tipo se ha aplicado muchas veces dentro de la iglesia cristiana, en el campo económico-social e incluso militar; se ha pensado y se sigue pensando que Dios ha hecho a unos pobres y a otros ricos, de manera que cada uno (cada grupo) debe cumplir las obligaciones de su estado social, viviendo en riqueza (si es rico), pero internamente liberado, mientras mueren millones de personas de hambre a su lado (o a dos horas de avión). Esta es, a mi juicio, la más peligrosa de las herejías, pues niega la encarnación (Dios se revelaría sólo en la verdad mística, no en la realidad externa de la vida). Ésta es una forma de evasión propia de grupos privilegiados, ricos cristianos o miembros de un tipo de *new age*, capaces de pagarse largas horas de meditación interior para liberarse a sí mismos y vivir sin ira, mientras millones y millones de personas mueren a causa de la guerra económica o social que ellos alimentan.

ca superar toda violencia. Así propone un camino de liberación a través de ocho momentos de rectitud (de visión, pensamiento, palabra, acción corporal, formas de vida y esfuerzo contra el mal, con atención y concentración) que implican tres grandes prohibiciones: matar, robar, y desear gozos sexuales. Aquí se inscribe su primer mandamiento de *no-violencia*, tanto en plano negativo (no hacer daño a los demás) como positivo (suscitar la paz, proteger la vida), tanto en plano interno como externo. Desde este fondo se distinguen dos formas de violencia: 1. *La Gita y muchos movimientos espiritualistas* antiguos y modernos permiten la violencia externa (incluso la pena de muerte), pero piden que se mate u oprima a los otros sin ira; 2. *Otros, más legalistas*, parecen descuidar lo interno y piden solamente que no haya violencia externa; de esa forma se podría cumplir el precepto de la Ley que dice *¡no matarás!* (Ex 20, 13 y Dt 5, 17).

Pues bien, en contra de eso, tanto el budismo como el cristianismo vinculan de manera radical los dos niveles, el *no-matar* y el *no-airarse con el prójimo* (cf. Mt 5, 21-26)¹¹. Al unir lo interior y lo exterior, intención y obra mundana, y al pedir la paz universal, budismo y cristianismo constituyen, en principio, dos intentos radicales de alcanzar paz en el mundo. En ambos casos hallamos un tipo de *revelación*, vinculada al Dios personal (Padre) que se encarna en el Mesías no-violento (Jesucristo) o a la iluminación de *dharma* universal y no clasista que se expresa en la no-violencia. La recta visión, pensamiento y palabra de Buda se expresan en una acción que es recta y no violenta, culminando así en la *maitri* (benevolencia universal), *dana* (donación activa) y *karuna* (compasión). De esa forma, la libertad interior del iluminado ha de expresarse en un gesto intenso de acompañamiento interhumano no violento¹².

11 Asumimos en parte la distinción que M. Weber (*El político y el científico*, Alianza, Madrid 1992, 166-17) establecía entre *ética de la convicción* y *ética de la responsabilidad*, vinculándolas en cristianismo y budismo.

12 Así lo dice A. Schweitzer, *El pensamiento de la India*, FCE, México 1971, 104-107. "La ética de Buda es distinta de la de Jesús en cuanto aquél (Buda) no pidió verdadero amor activo... Pero en ambos, la *ética de perfección interior* está regida por el principio del amor... La importancia de Buda consiste en que... exigió a sus discípulos que expresaran externamente en la conducta ética su emancipación interior del mundo... Así se convirtió en el creador de la *ética de la perfección interior*. En esta esfera dio expresión a verdades de valor imperecedero y perfeccionó la ética no sólo de la India sino de la humanidad. Fue uno de los más grandes hombres éticos de genio que han existido". Cf. H. de Lubac, *Aspects du Bouddhisme*, Seuil, Paris 1951, 11-54; J. Eracle, *De la Croix au Lotus*, Conches, Genève 1996.

Tanto budistas como cristianos concuerdan en el principio de *no-violencia activa*, pero lo interpretan de forma algo distinta, en línea más esotérica (budismo) y más exotérica (cristianismo). *Buda* destaca la negación, la superación del deseo; *Jesús* insistió también en la obra externa, en el gesto de ayuda hacia el necesitado. *Buda* no cree en la transformación (salvación) en este mundo, sino en la liberación final de los humanos (fuera del mundo). *Jesús*, en cambio, cree en ella y quiere realizarla. *Buda* destaca la negación: quiere superar el deseo que encadena al ser humano sobre el mundo y le hace así violento y desgraciado. Pero en esa negación funda una más alta afirmación: más allá del deseo puede suscitarse y se suscita una humanidad no violenta, liberada. *Jesús* empieza por la afirmación: quiere que los humanos se amen, en transformación positiva y creadora, de manera que el deseo puede convertirse en medio de encuentro gratuito entre personas¹³.

El budismo ha tenido una historia menos violenta que el cristianismo, quizá por su menor implicación política

Suele decirse que *el budismo* ha tenido una historia menos violenta que el cristianismo, quizá por su misma actitud de reserva frente al mundo y por su menor implicación política. Por el contrario, *los cristianos*, que han creído y siguen creyendo que se puede transformar este mundo por la paz, en actitud de amor activo, han sentido la tentación de tomar el poder y controlar sus mecanismos para así 'mejorar' en amor a los demás. Es evidente que muchas veces se han vuelto opresores y los siguen siendo todavía en algunos campos de la vida. No se trata aquí de comparar ni condenar a unos u otros, aunque la perspectiva cristiana nos sitúa en una línea de mayor encarnación activa.

13 *Buda* quiere liberar a los humanos del dolor, vinculado al deseo; por eso es muy sobrio en sus afirmaciones, tanto sobre una posible divinidad (la 'gracia' de la iluminación, el *dharma* búdico) como sobre el estado final de los humanos. *Jesús* se apoya en el amor de un Dios a quien concibe como Padre, intentando crear en este mundo condiciones y caminos de paz universal. *Buda* quiere ser sólo un ejemplo para las demás, no alguien que les ama y libera activamente; por eso inicia un camino monacal: saca a los iluminados del mundo, para que así puedan realizar la experiencia de una vida pacificada, más allá de los deseos; no quiere transformar el mundo sino que algunos puedan liberarse de su cautiverio. Por el contrario, *Jesús* ha querido cambiar el mundo a través de su entrega amorosa a favor de los demás.

6. TAOÍSMO. LEY DE LA NATURALEZA

El *Tao* (siglo VI-IV aC.) destaca el equilibrio sagrado de la naturaleza y del ser humano: "El ser y el no ser mutuamente se engendran. Lo fácil y lo difícil mutuamente se hacen... Por eso, el hombre perfecto se aplica a la tarea de no hacer nada y de enseñar callando" (Tao 2). Hay un orden original y al ser humano toca respetarlo, sin imponerse sobre nada: tiene que dejar que la naturaleza "sea", como el Tao que actúa sin dominar sobre los seres ni separarse de ellos,

En el contexto de violencia social y laboral que hemos creado, la inmersión en la naturaleza propuesta por el Tao puede parece imposible

fundándolos a todos: "Con el no-obrar no hay nada que no se arregle" (Tao 3). Frente al riesgo de acción del *cris-tianismo occidental* (que ha querido imponer su visión del mundo por la fuerza), frente al *budismo* (que parece

empeñado en superar todo deseo), el *taoísmo* sería la religión del equilibrio, más allá de toda codicia o desmesura (cf. Tao 1). Por eso quiere que la vida brote y se despliegue de manera natural, conforme al principio del *wu-wei*, *no-obrar* (nada desear, nada hacer), más poderoso y eficaz que todas las posibles acciones egoístas de los 'poderosos'.

En esa línea, se añade que *el cielo y la tierra no son amorosos* (Tao 5): no codician nada, nada realizan por deseo, nada exigen por fuerza, se limitan a ser, fundando sin imposición todo lo que existe. *Tampoco el hombre verdadero es amoroso* (Tao 5): no se deja llevar por los afectos, no se altera ni porfía; por eso se educa, integrándose sin oposición en el poder del Tao, descubriendo la armonía de la realidad, dejando que ella regule lo que es y debe ser, superando todo afán de posesión. *Mal se guarda un salón lleno de ricos metales y piedras preciosas* (Tao 9); por eso el sabio vive en renuncia, sin atarse a honra o deshonor (Tao 12), abundancia o carencia. "Cuando faltó el Tao vinieron la caridad y la justicia. Cuando se perdió la armonía entre los parentescos se inventaron la piedad y el amor filial. Para remediar las revueltas de la nación se inventó la fidelidad del súbdito" (Tao 18).

El *Tao* es naturaleza, equilibrio sagrado de un mundo donde nadie se adueña de nada. Al perderse ese equilibrio tuvieron que inventarse *virtudes violentas*, gestos forzados que son remedios falsos, imposiciones artificiales que no logran remediar las carencias, sino que las aumentan, en espiral de violencia cada vez más grande.

Dentro del contexto de violencia social y laboral que hemos creado, esa inmersión en la naturaleza puede parecernos imposible. Por eso necesitamos un entrenamiento, una fuerte decisión que nos permita redescubrir las raíces de la realidad, el lugar donde el sabio es *imposible, inexpresable, abobado, como infante recién nacido* (Tao 20). Eso implica una especie de nuevo nacimiento, en la “nada” total donde se vuelva posible el todo pleno, sin violencia de guerra ni deseo posesivo (cf. Tao 22). El Tao es tratado y camino de ese nacimiento a la *no-violencia fundadora*, superando la lucha económica, ideológica y militar (cf. Tao 27):

El imperio no se puede manejar. Si te pones a manejarlo lo estropeas. Tomarlo es perderlo. Porque las cosas unas marchan delante, otras les siguen detrás; unas respiran suavemente, otras soplan fuertes; unas son robustas, otras débiles...

Por eso, el santo se cuida sólo de cortar las demasías, de podar lo sobrante (Tao 29)¹⁴.

En el fondo de la vida (de la naturaleza y sociedad) hay una especie de *paraíso*: las cosas son buenas en sí, hay lugar para todas, en armonía de naturaleza. Por eso, el ejército y la guerra son *pecado original*: profanan la paz, rompen el orden natural, que debemos respetar. “Lo mejor es contentarse con los frutos espontáneos, sin pedir nada, sin arrebatarse nada a la fuerza. Sólo el fruto, sin urgir más, el fruto, sin más empeñarse, sin encapricharse. El fruto y, aún éste a no poder más. El fruto sin forzar más” (Tao 30). Ella, la naturaleza, da lo necesario sin que tengamos que forzarla. No hace falta que el humano sea “creador”, ni invente cosas nuevas: está en un mundo que le da lo necesario, en equilibrio materno, agradable, armonioso. Sólo volviendo a esa raíz, podrá superar la lucha y tragedia de la historia humana, olvidando las batallas, invirtiendo (haciendo que no sean) las conquistas destructoras. En esta perspectiva puede hablarse de

14 Este pasaje nos ofrece un modelo de acción no-directiva. Gobernante verdadero es quien conoce las cosas, dejando que sean. Las descubre diferentes y complementarias, conforme al ritmo del *Yang/Yin* (masculino/femenino, alto/bajo, fuerte/débil...). El buen 'imperio' deja que las cosas sean ellas mismas, en confianza trascendente, pues en el fondo de todo hay una *sabiduría* interna, una armonía bellamente gozosa: “Los que asisten a los soberanos con Tao no deben violentar el mundo con armas... Donde acampan los ejércitos nacen las zarzas y tras las tropas vienen años de hambre” (Tao 30). “La victoria de las armas no es hermosa. Sólo quien goza en el crimen la estima hermosa. Quienes gozan en el crimen no pueden prevalecer en el mundo” (Tao 31).

sacralidad cósmica: “El Tao en su estado perpetuo es innominado... Si los príncipes y reyes pudieran guardarlo todos los seres se acogerían espontáneamente a su hospedaje; y el Cielo y la Tierra se unirían para llover dulce rocío. El pueblo, sin necesidad de decretos, se concertaría por sí mismo” (Tao 32).

El pasaje anterior nos sitúa cerca del mito israelita de la *tierra que mana leche y miel* (¡rocío celeste!: cf. Ex 3, 8) y de la *paz universal* (¡pastarán juntos el lobo y el cordero!: Is 11, 6 s). Cuando se deje ser al Tao se expandirá la paz, en el ámbito cósmico (unión de Cielo y Tierra, Yang y Yin, masculino y femenino etc) y social (los humanos vivirán en armonía, sin necesidad de imposición externa). “Cuando en el mundo florece el Tao los caballos de guerra se usan para acarrear estiércol. Cuando falta el Tao se crían caballos de guerra...” (Tao 46). Estamos cerca de Is 2, 4 (*de las espadas forjarán arados, de las lanzas podaderas*): en el Tao los caballos son símbolo de paz (se emplean en la agricultura); sin Tao se vuelven medio de combate. (cf. Os 14, 4): El Tao es sencillez, cultivo del campo, gozo de grano en los graneros, sin derroche innecesario¹⁵. Quien se ajusta al Tao vive en equilibrio con la Naturaleza (Cielo y Tierra, totalidad sagrada): no hace nada; deja que el Tao se realice y haga. Es hermoso este modelo, pero, a nuestro juicio, le falta la libertad creadora del hombre; por eso, el taoísmo puede representar un contrapeso de equilibrio cósmico, pero no basta para crear la paz en un mundo de tensiones múltiples, que sólo pueden superarse a partir de un amor más alto, que vincula a las personas, en medio de la misma acción¹⁶.

15 El lujo del poder es destructor: “Si abundan en las corte las grandes escalinatas (edificios lujosos) abundarán en el campo los eriales y en los graneros el vacío” (Tao 53). El taoísmo es una expresión de la bondad de la naturaleza, experiencia de equilibrio innato, paz originaria. Al ser humano le estropean las leyes, las imposiciones de un estado que quiere dirigirlo todo, las normas de una religión y/o cultura dominada por el mimetismo y envidia (cada uno desea lo que tiene el otro). Es ante todo un *retorno hacia el principio*, al estado natural de la *acción no-activa*.

16 Ciertamente, el taoísmo no va en contra del cristianismo; más aún, estoy convencido de que un diálogo con el taoísmo, sin complejos de superioridad ni inferioridad, sin imposiciones ni dogmas previos, resulta necesario para que el cristianismo re-descubra sus raíces de paz y sus exigencias de amor mutuo. Estamos entrando en un tiempo en que muchos podrán sentirse a la vez taoístas y cristianos, abriendo un diálogo de paz, sobre los recelos y enfrentamientos actuales. Para ello será importante que el mundo chino conserve sus raíces (sin caer en el activismo occidental ni en un cristianismo como el nuestro) y que occidente renuncie a sus esquemas de seguridad impositiva, ofreciendo su experiencia específica, de gratuidad personal y amor mutuo. Desde una perspectiva filosófico-política, resulta significativa e inquietante la aportación de P. Sloterdijk, *Eurotaoísmo*, Seix Barral, 2001. Textos en C. Elorduy, *Lao Tse / Chuang Tzu. Dos grandes maestros del Taoísmo*, E. Nacional, Madrid 1977. Cf. Id., *Tao Te Ching. La gnosís taoísta*, Jesuitas, Oña 1961; L. Wiegner, *Taoïsme. Les Pères du Système Taoïste*, Belles Lettres, Paris 1950.

7. JUDAÍSMO, CRISTIANISMO, ISLAM. PRINCIPIOS

Cristianismo e Islam son expansiones del mensaje de pacificación universal (final) de los profetas de Israel. El judaísmo, heredero de ese mismo Israel, ha renunciado por ahora a la universalidad, pues piensa que no ha llegado el tiempo de vincular en una misma estructura social o religión a todos los humanos. Por el contrario, cristianos y musulmanes piensan que ese tiempo de paz armonía universal ha llegado. En ese fondo empezamos evocando a Mahoma.

Como profeta-apóstol de Dios y de cambio social, actuó Mahoma en La Meca, a partir del 613 d.C. Algunos aceptaron su mensaje, entre ellos Jadicha, su esposa, y Abu-Talib, su tío, jefe de su clan, pero otros se opusieron, acusándole de revolucionario y perturbador religioso. Cuando él y sus fieles corrieron el riesgo de perder la vida, diseñó una estrategia triunfadora:

emigró a la ciudad-oasis de Medina, con cuyos habitantes mantenía buenas relaciones. Esta *Emigración* o *Hégira (Hijra)* (622 d.C.) que marca el principio de la *Era Musulmana*, no fue una evasión, ni un abandono o negación, sino una fuerte ruptura creadora: el comienzo de un nuevo orden social que anula el precedente de pactos de tribus y clanes de la Meca.

Mahoma empleó medios violentos al servicio de una paz más alta: la sumisión de todos a Dios

En el momento de peligro, *Jesús* había subido a Jerusalén, manteniendo su mensaje social y religioso, sin defensa armada, dejándose matar antes que negarlo. *Mahoma* no negó tampoco su misión, pero no se dejó matar, sino que pretendió que la comunidad de sus creyentes triunfara y por eso, en táctica fecunda, abandonó la ciudad, iniciando una estrategia de defensa armada y expansión social. A su juicio, el sufrimiento es prueba temporal, la meta es la victoria ya en el mundo. En ese contexto de defensa y expansión de su comunidad, Mahoma siguió recibiendo revelaciones de Dios, codificadas luego en su libro o *Corán*. Al principio los seguidores de Mahoma eran minoría, pero pronto consiguieron el control de Medina, creando un *estado islámico*, prototipo y modelo de toda sociedad musulmana. Mahoma empleó para ello medios de violencia (expulsa o mata a judíos y antagonistas), al servicio de una paz más alta (la sumisión de todos a Dios).

Surgió así la *Umma*, o comunidad musulmana, que se independizó de judíos y cristianos, para venir a convertirse en una *sociedad*

sagrada universal donde debían integrarse todos los creyentes, en proceso en que puede y debe emplearse un tipo de esfuerzo o violencia (*yihad*), porque el mismo Dios defiende y ofrece victoria a los creyentes. Una y otra vez atacaron a Mahoma los soldados comerciantes de La Meca; una y otra vez se defendieron y atacaron los musulmanes, hasta que el 630 dC Mahoma conquistó La Meca, purificó su Kaaba e instauró en su ciudad el Islam. Jesús no conquistó *Jerusalén*, ni creó un estado de fieles sometidos a Dios. Mahoma lo hizo, en audaz gesto militar y político, mostrando así que *la religión de Dios* no fracasa¹⁷.

A los pocos años de morir Mahoma (632) sus soldados tomaron el sur y oriente del imperio bizantino (Egipto, Siria) y la totalidad del estado sasánida de Persia; decenios después la *Umma* llegaba de los Pirineos al Indo, de China a las Islas de Indonesia. Sus conquistas se lograron al filo de la espada, en rápidas campañas guerreras;

El islam puede abrirse a la experiencia interior, pero es religión total que unifica individuo y sociedad, revelación de Dios y política

pero es claro que influyó también la experiencia religiosa y la estructura social de los vencedores. Los cristianos se encontraban divididos (nestorianos, monofisitas, arrianos...) y dominados por poderes sociales en parte corrompi-

dos. Por eso es normal que muchos recibieran a los nuevos creyentes como liberadores, convirtiéndose al Islam sin demasiada resistencia. En ese fondo destacamos conexiones y diferencias:

- *El cristianismo es pacifista* y toda guerra santa contraría a su verdad: quien cree en Jesús no puede expandir la fe por fuerza, pues la fuerza militar es negación de fe cristiana. Es comunidad de creyentes que se unen y expanden a través de la palabra, sin asumir el poder. Por eso se configura como *iglesia*, no como *estado o pueblo* (comunidad civil).
- Por el contrario, *el Islam es combativo*, imponiendo, si hace falta, su manera de vivir (su opción social y/o religión), pues Dios así lo

¹⁷ Externamente hablando, *Jesús* fue un fracasado, que se dejó matar por su mensaje. *Mahoma*, en cambio, fue un vencedor: triunfó en su ciudad y pudo iniciar desde allí un camino de transformación social donde la fe (entrega en manos de Dios) y la unidad social de los creyentes van unidas. Cf. L. Gardet, *L'Islam e i cristiani*, Citta' Nuova, En las citas del Corán utilizamos versión de J. Cortés, *El Corán*, Nacional, Madrid 1979 [=Herder, Barcelona 1992]. Sobre el proceso de redacción del Corán, cf. R. Bell y W. M. Watt, *Introducción al Corán*, Encuentro, Madrid 1987. Roma 1988.

quiere y Dios importa más que toda decisión y libertad humana. El islam no se expresa en una *iglesia* como la cristiana, ni en una comunidad monástica (como la *shanga* budista) sino en una *sociedad total* o pueblo que vincula lo civil y religioso, sin que exista ya nada profano.

Ciertamente, el islam puede abrirse a la experiencia interior, en camino de mística cercana a la budista (ciertos grupos sufíes) y promover el surgimiento de grupos vinculados por la experiencia del misterio (en la línea de ciertas comunidades cristianas). Pero es religión total que unifica individuo y sociedad, revelación de Dios y política. Es religión muy profana pues en ella no existen sacerdotes especiales, ni clero distinto, ni gestos de culto sacral separado (si prescindimos de la confesión de fe y la plegaria cinco veces repetida como signo de sometimiento a Dios y a su profeta). Pero, al mismo tiempo, *lo sacraliza todo*: la vida entera se define en clave religiosa: estado y economía, individuo y familia, estructura social y política (guerra).

Desde esta perspectiva podemos distinguir las tres comunidades monoteístas:

- *El Am o Pueblo de Israel* es la comunidad nacional de aquellos que, tras la destrucción del Segundo Templo (70 dC), se comprometieron a cumplir la ley: no desean cambiar el orden mundial, ni convertir al judaísmo a todos, sino que quieren mantenerse como grupo de testigos, fieles a su elección (signo mesiánico) hasta el final de los tiempos; por eso, por guardar su diferencia y no integrarse en la estructura social dominadora de los estados cristianos, muchos judíos han sido perseguidos a lo largo de la historia. *Sin embargo*, por triste aunque comprensible paradoja, muchos judíos actuales han querido instaurar un estado de Israel y defenderse por la guerra en Palestina, convirtiéndose en un foco de durísima violencia.
- *La Iglesia cristiana es comunidad universal (supranacional)* de aquellos que creen que ha llegado por Jesús el fin de los tiempos. Por eso buscan ya sobre la tierra la unidad de los humanos a través de la palabra (con renuncia a la violencia y diálogo universal). No tienen pueblos santos ni naciones elegidas, sino que quieren ser fermento de vinculación universal, en torno al pan compartido. *Sin embargo*, por triste paradoja, los cristianos que debían ser un signo de pura gratuidad han venido a convertirse muchas

veces en foco de violencia: han querido imponerse por la fuerza (cruzadas), han luchado entre sí (guerras de religión de los siglos XVI y XVII), se han impuesto por la guerra sobre el mundo, en los procesos de conquista colonial del siglo XVI al XX.

- *La Umma* o comunidad islámica parece vincular elementos judíos y cristianos. Por una parte es universal (como el cristianismo); por otra parte esta ligada a una forma de vida social muy precisa, que puede incluso defenderse por guerra (como el pueblo de Israel en el Antiguo Testamento). Como aún indicaremos, los musulmanes no tienen porqué ser guerreros ni violentos, pero desde su comienzo han empleado la guerra como medio de expansión y defensa religiosa¹⁸. En principio, *el evangelio* es pacifista, el mensaje y ejemplo de un perdedor, crucificado. Durante casi tres siglos, los cristianos vivieron al margen del poder establecido, transformando la sociedad por medios puramente gratuitos, siendo perseguidos por el sistema imperial de Roma. Por el contrario, *Mahoma* extendió el Islam por guerra y así lo dejó escrito en el Corán:

Y no digáis que quienes han caído por Allah han muerto. No, sino que viven... (Cor 2, 154). ¿Por qué no queréis combatir por Allah y por los hombres débiles, las mujeres y los niños... Quienes creen combaten por Allah; quienes no creen combaten por los demonios. Combatid, pues, contra los amigos del demonio... (Cor 4, 75-76). Quienes crean y emigren y luchan por Allah con su hacienda y sus personas tendrán una categoría más elevada junto a Dios. Ellos serán los que triunfen. Su Señor les anuncia su misericordia y satisfacción, así como Jardines en los que gozarán de delicias sin fin (Cor 9, 20-21). Allah ama a los que luchan en fila por su causa, como si fueran un sólido muro (Cor 9, 61,4). Cuando hayan transcurrido los meses sagrados (de tregua) matad a los asociadores dondequiera que los encontréis. ¡Capturadles! ¡Sitiadles! ¡Tendedles emboscadas por todas partes! Si se arrepienten, hacen la ásala y dan el azaque tributo, dejadles en paz... (Cor 9, 5)¹⁹.

18 J. van Ess y H. Küng, *El cristianismo y las grandes religiones*, Europa, Madrid 1987, 21-176, destacan la relación entre islam y judeocristianismo. Los musulmanes no han sido en general más violentos ni guerreros que otros pueblos, ni han colonizado el mundo como las potencias "cristianas" de occidente (España y Portugal, Francia e Inglaterra, Rusia y Estados Unidos). Por eso, lo que sigue no quiere ni puede ser una crítica anti-musulmana.

19 Estos son los textos que más frecuentemente se citan en relación con la *guerra santa*. Ellos aluden a una *guerra total*, pero con dos limitaciones: se dirige a quienes rompen una tregua anterior; cesa si los paganos se convierten.

Los musulmanes actuales pueden entender estos pasajes de diversas formas, tanto en línea de *fundamentalismo* guerrero (sigue la guerra contra los enemigos del islam) como en perspectiva casi *pacifista*²⁰. La meta del Islam es la superación de toda guerra, pero siendo religión y praxis social, puede acudir a la guerra uniendo ideal místico y violencia política. Es evidente que esa guerra no parece peor que la que emplean las naciones occidentales defendiendo sus intereses económicos. Pero hay una diferencia. *La violencia de los occidentales* (que a veces aparecen como *cristianos*) no se ejerce en nombre de Dios sino de la razón de estado o del egoísmo económico. Por el contrario, *la violencia musulmana* actúa en nombre de Dios y eso resulta contradictorio para cristianos (y quizá para los budistas)²¹.

Desde una perspectiva cristiana las religiones deben impedir la opresión de unos pueblos sobre otros

8. JUDAÍSMO, ISLAM, CRISTIANISMO BREVE CONCLUSIÓN

Desde una perspectiva cristiana, las religiones no deben actuar directamente con medios económico-políticos, convirtiéndose en estados, sino inspirar el surgimiento y despliegue de formas superestatales (afectivas y humanitarias, gratuitas y eficaces) de comunicación personal, abiertas a todos los humanos. Ellas han de superar los modelos actuales de estados, naciones y clases, no para negar la identidad y cultura de los pueblos, sino para impedir la opresión de unos sobre otros y la destrucción de todos. Desde ese fondo deben promover medios de diálogo y cooperación, sin apoderarse de los mecanismos del estado ni volverse sistema. Más de una vez, ellas

20 En esa última línea, cf. *El Sagrado Corán* según M. Muhammad Alí, Ahmadiyah Anjuman, Lahore [Ed. castellana Tierra Firme, México, 1986]. Desde un punto de vista musulmán, cf. S. Hossein Nasr, *Vida y pensamiento en el Islam*, Herder, Barcelona 1985. Visión de un cristiano convertido al Islam (R. Guénon) en A.W. Pallavicini, *Islam interiore. La spiritualità universale nella religione islamica*, Mondadori, Milano 1991.

21 Algunos han tomado el Islam como regresión respecto al cristianismo. Ambas religiones han surgido del mismo tronco judío, universalizando su mensaje: *el cristianismo* en clave de encarnación mesiánica del ideal profético de la paz (superación de toda guerra); *el islam* en clave de profetismo militante que recoge en forma universal ciertos aspectos de la guerra santa de Israel. Desde ese fondo ha de entenderse el ideal, muchas veces no cumplido, de *no-violencia* de unos (cristianos) y *la entrega violenta* de otros (musulmanes), pero siempre al servicio de su propia paz.

han sido propensas a ofrecer e imponer sus discursos, como si tuvieran solución a todos los problemas y derecho a la obediencia y sumisión de sus creyentes; pero ese tiempo ha terminado.

- *Los judíos* deben renunciar a la expresión política de su nacionalismo religioso, para ser lo que han querido ser a lo largo de veinte siglos: testigos de la 'diferencia' de Dios y fermento de esperanza y transformación mesiánica de la humanidad, sin acudir para ello a los medios militares o estatales, siendo capaces de dar un testimonio de entrega (de martirio) en medio de una sociedad violenta, que ha estado en otro tiempo controlada por estados cristianos y que ahora está dominada por el sistema²².
- *Los musulmanes* han de superar todo fanatismo e imposición social y familiar, no para volverse occidentales o esclavos del sistema,

Para ser fieles a sus raíces, los cristianos deben desandar un camino de simbiosis con la cultura dominante, volviendo al origen de la experiencia pascual para dar así sentido a su palabra y testimonio

sino para crear, desde sus raíces, espacios abiertos de comunicación a partir de su experiencia inmediata, casi física, de la Soberanía de Dios. Deben abandonar el tipo actual de fundamentalismo, la identi-

dad de religión y sociedad política, la forma militar de guerra santa. Algunos piensan que, cuando hagan eso, los musulmanes desaparecerán, pues su religión no es más que vinculación social sagrada. En contra de eso, estoy convencido de que el Islam puede ofrecer y ofrecerá una experiencia intensa de sumisión mística a Dios, superando las formas actuales de imposición política.

- *Los cristianos* saben que Dios se ha encarnado en Jesús, revelando su Reino en formas de comunicación gratuita y amor mutuo no impositivo. Pues bien, para ser fieles a sus raíces, ellos deben volver a la experiencia de comunicación personal de Jesús, no impositiva ni jerárquica, en pura gratuidad, en apertura a todos los humanos. Deben superar sus divisiones eclesiales

22 Si un día pusieran su potencial utópico-mesiánico al servicio de la reconciliación, si se hicieran germen de diálogo y encuentro (en especial con cristianos y musulmanes), los judíos contribuirían poderosamente a la pacificación del mundo. Para ello deben abandonar su victimismo (hacerse mártires, aun cuando lo sean), volviéndose solidarios de todos los hombres y mujeres del mundo. Para ello, deben superar radicalmente su vinculación al estado de Israel, que no representa ya ningún tipo de ideal religioso, sino que es sólo expresión de una justicia y violencia social de este mundo.

y sus vinculaciones con la historia de opresión de los poderes de occidente, con los estados nacionales y el sistema neo-capitalista, para ofrecer espacios de encuentro personal y esperanza de resurrección sobre la tierra. Para eso no tienen más remedio que desandar un camino de simbiosis con la cultura dominante, volviendo al origen de la experiencia pascual, para aparecer como testigos de un crucificado que vive y ofrece su camino de amor a todos los humanos. Sólo así tendrá sentido su palabra y testimonio en la tercera edad que ahora empieza²³.

Desde ese fondo puedo y quiero centrarme ya en el cristianismo, aunque mi esquema puede aplicarse, con ciertos cambios, a las otras religiones. Como he venido suponiendo, el cristianismo conserva algunas huellas de la primera edad, de la experiencia cósmica sagrada del tiempo de las tribus; pero, estrictamente hablando, su mensaje se ha expandido en la era de los grandes imperios y, por eso, es lógico que lleve las marcas de un imperio tan genial como el romano. Sin embargo, en su raíz, el cristianismo ha sido (quizá con el budismo) una religión que se ha adelantado a los tiempos: no ha venido para sacralizar las estructuras imperiales y dominadoras de su entorno, sino para superarlas en un plano de intuición y praxis, de estructura social y experiencia antropológica. Aquí está su paradoja, aquí sus riesgos y su necesidad de conversión evangélica.

En su raíz, el cristianismo supera el nivel de la violencia particular y de la imposición legal y racional de los imperios, abriendo para los hombres y mujeres un camino de comunicación radical en libertad y encuentro directo, sin necesidad de intermediarios sacrales, sin miedo a la muerte. Pero, *al mismo tiempo*, para mantenerse y expandirse sobre el mundo, los cristianos han pactado de hecho con diversos imperios de violencia: de esa forma, anuncian y anticipan el futuro de la comunicación universal en gratuidad, pero conservan muchos rasgos estructurales de tiempos anteriores de violencia. Para decirlo con otras palabras, la *mutación evangélica y pascual de Jesús* ha quedado latente en estructuras anteriores de opresión sacral y social, y no ha podido expresarse todavía en plenitud, per-

23 Sólo abandonando su poder particular, las religiones podrán ser lo que son: espacios de comunicación universal gratuita. En esa línea, *los cristianos* deben celebrar ya la Vida de Dios en Cristo: no creen en organizaciones ni estructuras sacrales, sino en la comunión del Espíritu, que es código de amor compartido, que vence a la muerte.

maneciendo como ahogada entre las zarzas de poderes anteriores, no cristianos, de violencia (cf. Mc 4). Pero ahora puede llegar y ha llegado el tiempo bueno, para que la semilla de evangelio se libere de las estructuras de violencias de los viejos sistemas sacrales e imperiales, pudiendo aparecer como principio de paz creadora y comunión universal de vida, sin imposiciones, por encima del sistema, superando de esa forma, en gratuidad de amor y esperanza de resurrección, todos los medios y niveles de la guerra.

Éste es, a mi juicio, un tiempo clave, de manera que la iglesia puede entrar de lleno en la "tercera edad" de la unión global entre todos los humanos, pero no en imposición, con métodos de guerra,

**Quien se atribuye de antemano la razón
no puede promover la concordia
entre los seres humanos**

sino a través del despliegue superior de una comunicación mundial de paz, de entrega mutua y generosa de la vida, en línea de contemplación fraterna. Están cayendo, tienen que caer,

todas las vinculaciones de la iglesia con un tipo de sociedad establecida, que se apoya en principios de violencia económica o social para defenderse, en forma de sistema. Sólo cuando acaben esas vinculaciones, como acabó el sistema sacral del templo de Jerusalén (cf. Mc 11), podremos hablar en plenitud del evangelio y re-fundar la iglesia para la 'tercera edad' de la comunicación universal en gratuidad, desde el otro lado del sistema, sin ningún tipo de imposición, de miedo o guerra.

En ese contexto podemos recordar que Jesús no ha buscado la ventaja y victoria de su grupo sino el Reino, que es comunicación gratuita, universal, de manera que su 'triunfo' se opone a todo triunfalismo: Jesús fue un perdedor y ha vencido perdiendo, condenado y crucificado por fidelidad al Reino. Sólo allí donde sus seguidores superan todos los medios de imposición y la iglesia mengüe en cuanto estructura separada (cf. Jn 3, 30) para que se extienda el Reino podrá hablarse de paz cristiana. Sólo cuando la iglesia renuncie a "ganar", superando de esa forma toda guerra, dejándose matar por el amor del reino, ella ofrecerá el testimonio de la paz de Jesús.

Ciertamente, la iglesia ha mantenido el mensaje de la Cruz, aplicándolo a los fieles. Pero, en cuanto institución y jerarquía, ha buscado muchas veces su triunfo y poder sobre el mundo, acudiendo a diversas formas de guerra. Sólo cuando aprenda a morir y muera por el bien de los otros (a favor del Islam y judaísmo), ella será tes-

tigo de Jesús, fermento de Reino, invirtiendo su tendencia secular a perseguir a los distintos (herejes), su cruzada contra impíos o musulmanes, para mostrarse como pascua del crucificado. Respondiendo a la gracia universal del evangelio, ella ha de abrir sobre el mundo, gratuitamente, un lugar para todos (judíos y árabes, chinos e hindúes, africanos y europeos). Sólo regalando lo que tiene y superando las posibles estructuras imperiales, podrá ofrecer su paz (la comunión de Jesús) a los humanos. Por eso decimos que ella no defiende ninguna ideología o concepción del mundo, al servicio de sí misma, como si fuera superior, pues su verdad consiste en darse y su triunfo en dejarse ganar, de manera que sus mismas instituciones desaparezcan, para que se instaure el Reino²⁴.

Y así concluimos, dejando el tema abierto, sin aventurarnos a trazar las mediaciones de la paz religiosa y social, a partir del cristianismo, pues ello exigiría otro trabajo. Sólo quiero añadir que la ruina y fracaso de un tipo de iglesia imperial (vinculada a unos poderes y estructuras que se imponen o defienden por la fuerza), puede suponer y supone una esperanza de evangelio. Quien quiere ganar no puede ofrecer paz; quien se atribuye de antemano la razón no puede promover la concordia entre los hombres. Sólo aquellos que regalan amor sin imponerse, abriendo así caminos de comunión gratuita, en libertad, creen en la vida y comunión de Cristo. Quienes han hecho o siguen haciendo algún tipo de guerra en defensa de Jesús no conocen su evangelio.

23 Este cristianismo no quiere triunfar por cristiandad, ni por la victoria de una clase, pueblo o cultura, sino por fraternidad católica, abierta a todos los humanos. Allí donde una iglesia llama a la cruzada al servicio de sus intereses, bendiciendo las armas de sus pretendidos defensores, deja de ser cristiana.